

UNA IGLESIA POBRE PARA LOS POBRES

Quiero una Iglesia pobre para los pobres (EG 198), dice el papa Francisco.

Pero, ¿cómo ha de ser una Iglesia pobre y para los pobres? Esta es la cuestión.

Una Iglesia pobre es -será- aquella que se apoya en el Espíritu de Pentecostés, y no en el cúmulo de tradiciones, cánones y dogmas, que la configuran como un edificio sólido y cerrado sobre sí mismo.

El Espíritu de Pentecostés rompe todos los diques y esquemas de seguridad confortable -lo bien sabido, lo bien definido, lo bien dominado-, para abrir la Iglesia al mundo de lo nuevo, lo plural, lo imprevisible, lo indomesticable.

El Espíritu de Pentecostés *no se casa* con ningún sistema de pensamiento, y menos aún, con ninguna estructura de poder.

Es Espíritu de libertad y de servicio.

Es Espíritu de amor a la vida, cuidada siempre a partir de sus más pequeñas expresiones.

Es Espíritu de defensa de la Verdad, que nunca será dominio de nada ni de nadie, porque la Verdad la tiene sólo el que siempre la busca.

El Espíritu de Pentecostés es el viento impetuoso que arrastra todo lo caduco e inútil, para que florezca en su lugar una vida nueva, donde antes dominaba el caos, la corrupción, el miedo y la desesperanza.

Una Iglesia pobre no quiere ser rica en nada de este mundo, porque ya lo es en el amor de Dios y en el Espíritu de servicio desinteresado que, de la fe en Dios de Jesús, se desprende como su estilo irrenunciable.

Pobre, porque para llevar a cabo su misión en el mundo, no necesita de ningún tipo de riquezas temporales, que sólo serán un estorbo para que el mundo comprenda que no hay salvación fuera del amor.

La audacia del papa Francisco al pedir una Iglesia pobre, no se apoya en ninguna estrategia de poder, ni siquiera de eficacia propagandística. No es tampoco, ni mucho menos, una ideología frente a otra ideología.

Es la urgencia de un corazón enamorado de Jesús de Nazaret y del Evangelio del Reino, la que así le empuja a ser pregonero, en medio de un mundo en crisis, de los valores del Reino, que se sostienen en la bienaventuranza de los pobres.

Sí; bienaventurados los que han sabido que la vida vale más que el alimento, y que el cuerpo vale más que el vestido.

Sí; bienaventurados los que han comprendido que la acumulación de bienes no es garantía de una vida más plenamente feliz, mejor realizada en lo auténticamente humano.

Que vale más ser que tener.

Y que sólo los bienes compartidos ayudan al humano a crecer en su humanidad.

Una Iglesia pobre, que quiere ser Iglesia del Reino, antes que institución religiosa dominada por la defensa de un dogma, una moral, un culto y una jerarquía.

Pero también -y por todo lo dicho- una Iglesia *de* los pobres.

No sólo ni principalmente *para* los pobres.

Se trata -a mi parecer- en el deseo del papa, de una Iglesia donde el amor a la vida -la de los humanos y la del universo-, es predicado como artículo primero de nuestra fe en Dios.

No podemos creer en Dios -al menos en el de Jesús- si no valoramos la vida como el mayor bien recibido de Él.

Y, en consecuencia, la defendemos, cultivamos y desarrollamos como bien común, ¡nunca como algo que a mí sólo pertenece!

Iglesia *de* los pobres.

En ella se congregan todos los que aman la vida como el primer valor que nos une (para bien o para mal) con todos los vivientes y con el Autor mismo de la vida.

Iglesia *de* los pobres.

En ella resplandece la alegría de vivir, porque en el fondo de la vida, siempre nos encontramos con el Eterno Viviente, el primero interesado en el triunfo de la vida sobre la muerte.

Pero sin olvidar que, a la vez, Iglesia *para* los pobres.

Una iglesia que se sabe fiel a sí misma cuando, los pobres de este mundo, los marginados y explotados, los buscadores y soñadores de un mundo de Justicia, Paz y bien común, se encuentran a gusto en su recinto, participan en su acción de gracias por la vida, y se sienten acogidos por un Dios que a todos necesita y que ama más a los que más sufren y más arriesgan.

Yo también amo esa Iglesia que tú amas, hermano papa Francisco.

En ella he recibido lo mejor -creo- que hay en mí:

saber que Dios me ama tal como soy, con todas mis humanas limitaciones, que me recuerdan que soy un ser en camino hacia sí mismo y lo mucho que necesito a los demás;

saber que vivir es estar al servicio del don recibido;

saber que tengo una conciencia con la cual he de responder de todos mis actos y actitudes de mi existencia;

saber que sólo el amor salva.

Y que, eso de que *los últimos serán los primeros*, significa que nadie habrá alcanzado su más grande talla humana, sin haberse despojado de todo rango y poder para mejor servir a los demás.

Si la Iglesia no es pobre y para los pobres, dentro de ella sólo se encontrarán los seres más inútiles para la buena marcha de este mundo que tanto ama Dios.

Dame, Señor, un corazón de pobre, que me permita ser Iglesia pobre y para los pobres. Amén